



Carter: una imagen de no tolerancia con los países del Este, relacionada con la defensa de los Derechos del Hombre.

SUBVERSION Y DERECHOS HUMANOS

PARECE que una de las primeras manifestaciones públicas de la nueva Administración de los Estados Unidos es el inicio de una campaña en favor de los derechos del hombre, y una revitalización de los acuerdos de Helsinki en ese

activado, sobre todo, por la llamada "Carta 77", en la que un número importante de personalidades de Checoslovaquia vuelven a emprender la lucha por los temas del "socialismo en libertad" que surgieron y se hundieron en 1968. Y en los

Eduardo Haro Tecglen

sentido. Queda mucho por hacer todavía en los mismos Estados Unidos en ese terreno —no es necesario recordar los casos de las minorías oprimidas como los negros o los puertorriqueños— y habremos de suponer que Carter podrá hacer algo. Por el momento, la preocupación parece referirse a los del Este. Un portavoz del Departamento de Estado dijo la semana pasada: "Todos los firmantes del acta final de Helsinki se han comprometido a promover, conservar y respetar los derechos del hombre y las libertades fundamentales para todos. Deploramos categóricamente la violación de esos derechos y de esas libertades en cualquier lugar donde se produzcan" (recordemos que España es firmante, representada entonces por Arias Navarro, del texto de Helsinki). Al día siguiente, el nuevo secretario de Estado, el heredero de Kissinger, Cyrus Vance, explicaba hacia dónde se dirigía esencialmente el tiro al decir que abordaría "directamente con Moscú" la cuestión de Sajarov, "campeón declarado de los derechos del hombre". En efecto, lo es. El tema está

Estados Unidos este tipo de lucha tiene la vigencia perpetua que le dan los judíos que protestan contra

la discriminación de sus hermanos de raza y religión en la Unión Soviética: discriminación que advierten, sobre todo, en la prohibición de salida del país. El propósito primordial de la URSS en este aspecto parece ser el de evitar la emigración a Israel.

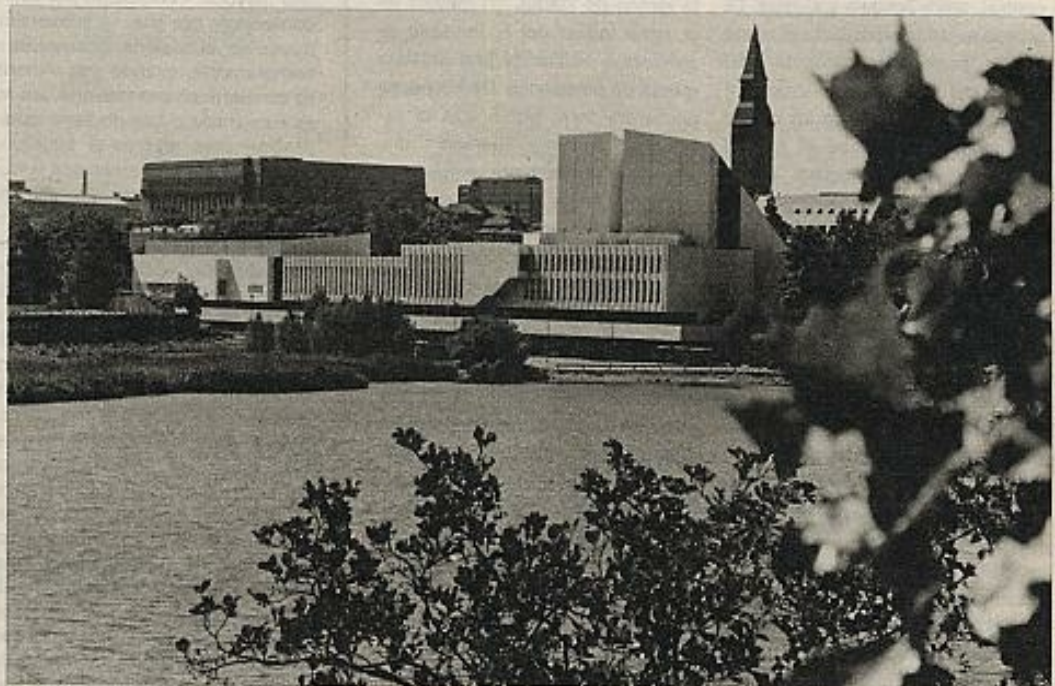
Las disidencias contra los regímenes autoritarios en los países comunistas están creciendo últimamente. En el año recién terminado ha habido diversos movimientos, como el de los obreros polacos o el cambio de dirigentes en Alemania Democrática en busca de otros más rígidos. La Carta 77 en Checoslovaquia es de principios del mes de enero. Es un documento más bien moderado en el que se recuerdan los derechos del hombre, cívicos y políticos, y las garantías constitucionales del propio país, más los textos de Helsinki y los acuerdos internacionales del Gobierno checoslovaco. La firman doscientas cuarenta personas que, al parecer, han comenzado ya a ser víctimas de algunas persecuciones. Y, según un nuevo escrito de algunos de los firmantes, los defensores de los derechos cívicos son "sometidos a la represión y a la discriminación, injuriados y calumniados públicamente". La radio de Praga se ha dirigido a ellos instándoles a que se vayan "a construir el socialismo con rostro humano en los países capitalistas". "Rude Pravo", por su parte, les niega todo derecho al diálogo o a la discusión: son, simplemente, enemigos. Los conservadurismos extremistas, como se ve, coinciden en todas las ideologías.

La política de Carter en este asunto es, sobre todo, una política personal. Se alinea junto al poder-

so mundo judío, restaura una imagen de no tolerante con los países del Este que había sido algo deteriorada al principio y, al mismo tiempo, abraza una causa con consenso en todo el mundo, como es la de los derechos del hombre. Habría que deplorar que no se refiriese a otros derechos violados en otros muchos países.

El recuerdo a Helsinki es necesario. Nos suele parecer que son los textos más recientes los que hay que respetar, dejando a la Historia sus responsabilidades de lo que hizo con textos anteriores —como el de la Revolución Francesa, la Independencia de Estados Unidos o la declaración universal de las Naciones Unidas—, y el más frecuente es el de esta Carta de Helsinki, por el que los firmantes se comprometen al respeto de "los derechos del hombre y las libertades fundamentales" y "favorecen y estimulan el ejercicio efectivo de las libertades y derechos civiles, políticos, económicos y sociales, culturales y de otra índole que se desprenden todos de la dignidad inherente a la persona humana y que son esenciales a su desarrollo libre e integral". Miramos en torno nuestro para ver dónde están estos derechos, esas libertades y la encarecida dignidad.

Sin embargo, hay que reconocer que se está ejerciendo un amplio esfuerzo en todo el mundo en defensa del cumplimiento de esos textos. No son precisamente los Estados firmantes, o no firmantes, la parte activa de la cuestión. Son más bien una parte negativa o renuente, pese a sus firmas, sus adhesiones y sus declaraciones. Los Estados representados por hombres políticos —aparte de la idea



No son sólo los países del Este los que pueden ser juzgados y condenados a la luz de la Carta de Helsinki. En la foto, el palacio donde se firmó la Carta.

SUBVERSION Y DERECHOS HUMANOS

abstracta y genérica del Estado como entidad colectiva— parecen tener una antimisión histórica de retrasar un cierto sentido de progreso que se desarrolla de la vida misma, de la ampliación creciente de los campos humanos que resulta del libre examen filosófico de una realidad circundante que nos van dando —con sus limitaciones— la ciencia y la técnica. Los Estados representados por hombres políticos tienden a la capitalización de sus funciones, a su tesorerización: cuando se instituyen o reinstituyen, acuden en cierto modo a lo que antes era providencial, el poder, y ahora se considera como definitivo. Se consideran imperfectibles. La batalla a la que llevamos más de un año asistiendo en España acerca del espíritu y la letra de las leyes consideradas como fundamentales son uno de los ejemplos más claros de esta coincidencia de los que ocupan los resortes del poder con las ideologías que no pueden ser mejoradas, porque algunas razones que se escapan a los demás las convierten en válidas para cualquier ocasión, en lugar de ser producto de unas circunstancias efímeras, perecederas. Es a partir de esa autoconsideración de lo que no se puede mejorar, de lo que es imposible perfeccionar o reformar porque es la esencia misma de lo eterno, de donde salen las nociones de subversión, tan trágicas para los derechos del hombre. La subversión, honestamente considerada, por encima de tiempos o regímenes, sólo puede ser calificada cuando se trate del asalto armado —no ideológico— de una minoría, sea cual sea su filosofía de la vida, al sistema aceptado por una mayoría, establecido por ella y conservado por ella. La subversión puede ser, si no lícita, disculpable o comprensible, cuando esa minoría se convierte en una mayoría que no se escuchada o que no tiene canalización para afectar al equilibrio del poder en la medida que le corresponde, o cuando sin salir de una minoría, esa misma minoría está privada de los canales lícitos de expresión y de sus derechos fundamentales. Porque un Estado respetuoso de los derechos de sus ciudadanos tiene la obligación de respetar los actos, usos y costumbres de las minorías, al menos dentro de sí mismas. Y con arreglo a su propia dignidad. Cuanto menos respetuoso sea un Estado de los canales de expresión y los derechos de las minorías, cuanto menos represente la voluntad y la vocación de las mayorías, más lugar dará a una llamada subversión, de la que será el máximo responsable.

Estamos en una época en la que estos respetos a las minorías y la necesidad de expresión cada vez mayor de las mayorías para ser reflejadas en el contexto de un Esta-

do —de un sistema, de un régimen o de un gobierno según los escalones— se defienden más y más. Estas defensas son consideradas en algunos Estados como subversivas, y se carga contra ellas. En los Estados de régimen comunista ha ejercido un impacto grande la nueva concepción de la vida de lo que venimos llamando eurocomunismos, que tuvieron una representación muy clara en la Checoslovaquia de 1968, y las relaciones internacionales de coexistencia pacífica. El conservadurismo del Estado soviético es un producto de los años de cerco y de bloqueo, y ha sido después exportado a los países de régimen comunista de Europa. Lo que los ciudadanos aceptaban como sometimiento de libertades y reducción de sus necesidades de dignidad individual ante una amenaza mayor —en los años anteriores, la guerra fría— dejan de aceptarlo cuando esa amenaza no existe o se ha disminuido notablemente, y cuando la ideología triunfante se convierte en ideología discutible. Cuando se inicia un proceso de esa índole, puede asegurarse que ya no cesará, a menos de que la contrarrevolución —que es la revolución del Estado contra sus ciudadanos, sea cual sea el régimen de ese Estado— dé un paso fuerte. Como en Chile o como en Argentina.

No son sólo los países del Este los que pueden ser juzgados y condenados a la luz de la Carta de Helsinki. El Presidente Carter podría mirar a muchos de sus aliados más íntimos y más queridos, entre ellos la mayoría de las repúblicas despóticas de Latinoamérica. Podría mirar los enormes "ghettos" de Nueva York y de otras ciudades de los Estados Unidos, y la misma acción imperial de los Estados Unidos en los países sometidos de una u otra manera.

Son los países donde se califica como subversión, y entonces se aplican todas las leyes represivas, a mayorías que no tienen capacidad de elección o se les promete vagamente y con trampas; los países donde el pretexto de la subversión llena las cárceles, y los países donde se está realizando o tramando la hipocresía de describir penalmente el delito político como un delito común.

La lucha por los derechos humanos está por momentos difíciles; sobre todo, la asunción y proclamación por muchos Estados de la idea general de los derechos del hombre, mientras están decididos a no cumplirla. La declaración de Helsinki fue ya firmada por muchos gobernantes que no la cumplían y que no tenían el menor ánimo de cumplirla. No es que nuestro tiempo sea más cínico que ningún otro en la Historia, es que el cinismo no se ha desterrado todavía de la vida política. ■



No hay otra solución que la militar, mientras no se reconozca la independencia total.

Sahara: una guerra de desgaste

UNO de los últimos partes militares del Ejército de Liberación Popular Saharaui daba cuenta de la muerte de doscientos cincuenta soldados marroquíes caídos en una emboscada en la región central, entre Amgala y Guelta. La prensa argelina reproducía el relato de un prisionero, conductor del "jeep" del comandante Abdelkrim el Jattabi, que mandaba los cuatro batallones y ostentaba el mando militar de la zona de Smara. "Antes de que las primeras unidades pudiesen informarnos de su encuentro con guerrilleros del Polisario, nosotros mismos caímos bajo su fuego, y el Jattabi fue uno de los primeros en caer". También recientemente, los órganos de información del F. Polisario destacaban las declaraciones de un oficial marroquí capturado al saltar desde uno de los dos aviones "Magister" abatidos en el mes de diciembre, zona de Hagunia. "En Marruecos —decía— existe un bloqueo total a las informaciones que pudieran venir del Sahara. Al llegar al lugar del combate los soldados son víctimas rápidamente de una completa desmoralización".

Según informaciones saharauis, los Ejércitos invasores han sufrido en el primer año de combates 13.500 bajas totales, entre las que hay que contar 400 prisioneros que pueden visitarse en un lugar de la región de Tinduf. En medios de la rama militar del F. Polisario se empieza a hablar de una próxima guerra de posiciones. De hecho, ya encuentra total significado la expresión "territorio liberado": una "mancha" envolvente empieza a alargarse hacia el mar, constituyendo un territorio ya inaccesible a los Ejércitos de Marruecos y Mauritania. El duro castigo a que se ven sometidas las guarniciones de Amgala, Guelta y otros puestos de la región central demuestran que es ahí donde se juega el destino de esta guerra y del pueblo saharauí. "No hay más solución que la militar, en tanto no se nos reconozca la independencia total".

Se trata, para todos los ojos que acuden al escenario de los hechos, de una guerra de desgaste y desmoralización. Y es sabido que en estas guerras, el Tercer Mundo está lleno de ejemplos victoriosos. ■

P. C. M.